

SUSURRO DESDE UNA ÉPOCA DISTANTE

(AUTOR DESCONOCIDO)

El plateado casco de la nave exploradora, marcado con las cicatrices de su choque contra la lluvia de meteoritos, emergió rengueando desde la oscuridad cósmica.

En el asiento del piloto, Parker luchó con los estropeados controles para mantener siquiera la semblanza de una ruta. Desde el vacío que tenía por delante, su meta iba creciendo cada vez más. Un planeta solitario, cuya aislada posición prometía poco en materia de asilo. En su ansiedad, sin embargo, hasta la visión de un asteroide desierto habría sido bienvenida.

Lanzando una mirada desesperada a la figura que yacía en la litera a su lado, Parker se volvió nuevamente hacia las complejas cifras de los mapas galácticos sobre el tablero de navegación. Nada sacaba con eso. Sólo Forbes podía leerlas y no daba señales de recuperarse de la sacudida de ese primer impacto. En todo caso, se habían desviado tanto de la ruta que hasta las cartas de navegación quizás fueran inútiles.

Con la última mirada hacia el objetivo que ahora se les venía encima, forzó al máximo lo que quedaba de los controles despeñándose hacia el olvido una vez que la atracción del planeta agarró la nave.

De las horas que siguieron, Parker recordaba poco. Sólo fantasmagóricos retazos volvían a su memoria, fogonazos de su adolorido cuerpo con voces desconocidas que flotaban a su alrededor, mientras unas manos liberaban suavemente sus maltrechas extremidades de la enmarañada ruina de acero y plástico.

Paso mucho tiempo antes que volviera en sí, una eternidad de febril fantasía y cambiantes visiones. Finalmente, cuando despertó a la serena realidad, la pieza comenzó a enfocarse en su retina y, con ella, los impasibles rasgos de un vigilante terceto que lo estudiaba con un desapego casi aterrador.

Finalmente, uno de ellos avanzó y habló cuidadosamente, escogiendo sus palabras con la precisión de un adulto que se dirige a un niño:

—No se mueva. Aún está débil. —Hizo una pausa para registrar el efecto de sus palabras—. Yo soy Nastur, médico espacial y líder del planeta Tsor. Su tripulante está a salvo y usted pronto estará bien.

En las semanas que siguieron, ambos astronautas comenzaron a sentir cordialidad hacia su anfitrión y su gente, cuyos rasgos tenían un parecido tan misterioso con los suyos propios; los hombres de piel lisa y las agraciadas mujeres removían en Parker un profundo anhelo por su hogar.

Fue Forbes quien primero introdujo el tema después de uno de sus muchos paseos a través de la ciudad. Con los corrientes comentarios del doctor y sus rápidas respuestas a las interminables preguntas de los astronautas, estos paseos muy luego pasaron a convertirse en una característica muy agradable de su convalecencia. Un día que descansaban en el balcón de su habitación, el piloto de pronto comentó:

—¡Una cosa me acaba de llamar la atención, doctor! Ustedes no tienen policías.

Sólo por un momento se alteró la expresión del hombre de más edad. Luego, nuevamente su rostro adoptó la máscara de educada atención que siempre les mostró.

—No los necesitamos. Ustedes ven, virtualmente aquí no existe el delito.

Parker se inclinó hacia adelante con interés, sintiendo una evasiva en la respuesta del doctor.

—Nosotros tampoco, señor; como resultado de siglos de evolución y desarrollo científico —indicó Parker—. ¿Tienen ustedes la misma solución?

Ahora su incomodidad era evidente, la vacilación y la reticencia luchaban con su acostumbrada educación. Finalmente, fue esta última la que triunfó a pesar que su respuesta fue concisa, como para descorazonar otras preguntas:

—A nuestros ojos, todos los delitos son ofensas contra la sociedad y, como tales, todos merecen la misma pena, una pena lo suficientemente severa como para descorazonar al más disparatado transgresor.

De inmediato Forbes se sentó. Casi con excitación preguntó:

—De seguro, usted no querrá decir que...

Pero la pregunta no necesitó completarse y con un brusco «que les vaya bien», Nastur abandonó la pieza.

El silencio que siguió a su partida fue roto finalmente por Forbes:

—¡Y nosotros pensábamos que esta gente era civilizada!

Algo en su tono obligó a Parker a contestar.

—No seas demasiado crítico. Nos tomó mucho tiempo llegar hasta donde estamos ahora. Recuerda la extensión de los delitos de importancia en el siglo XIX, la violencia racial y estudiantil del siglo XX y las guerras atómicas del siglo XXI. ¿Cuánto tiempo transcurrió después de eso antes que pudiéramos producir un mundo pacífico? —se detuvo abruptamente, avergonzado de pronto por su acalorado exabrupto.

Forbes efectuó una mueca risueña, sin conmoverse por sus palabras.

—Cierto, jefe, pero eso fue hace mucho tiempo. Mira como estamos ahora: no hay guerras, no hay delitos, no hay policías. Todos los problemas previstos con anticipación por las computadoras, todos tratados desde su origen mediante adoctrinamiento social y reorientación. Censurada toda violencia en filmes y televisión, los *westerns*, la guerra y el delito. Hasta el boxeo y la lucha libre desaparecieron durante el siglo anterior.

Pero aún, mientras asentía con la cabeza, Parker sintió nuevamente la extraña oleada de agitación que las palabras del doctor produjeron en él. Una ojeada al rostro de su compañero le demostró que no estaba solo en esto.

Pasó algún tiempo antes que vieran nuevamente al doctor. En esta ocasión, fue él quien puso el tema. Después de un intercambio de banalidades, les dijo sin previo aviso:

—Me gustaría que asistieran a nuestra ceremonia de ejecución de la ley. Puede servir de mucho para explicar nuestra actitud.

En esta ocasión, Forbes no pudo ocultar su agitación. Con los ojos brillándole, se humedeció los labios y dijo:

—Usted quiere decir... ¿una ejecución?

El hombre mayor lo miró, con una expresión mezcla de compasión y de tristeza.

—Consideraríamos ese un término más bien emotivo. Se trata simplemente de la eliminación de una amenaza para la sociedad, el mismo motivo que impulsaba las deportaciones dentro de vuestra propia civilización. Las víctimas nada sienten y no se trata aquí de sufrimiento o de castigo —se detuvo, estudiando sus reacciones—. Recientemente, suprimimos un grupo subversivo cuyas actividades amenazaban a nuestro estado. La situación, como verán, requería atención inmediata.

Parker apenas durmió durante las horas que siguieron. A través de su mente transcurría la mitología de la violencia en su propio planeta, las oscuras historias transmitidas oralmente después de la destrucción del inadecuado material registrado, y las crudas ilustraciones que ocasionalmente divisó en publicaciones clandestinas. Ahora sería testigo de la realidad.

Se despertó de inmediato cuando Forbes lo tocó en el brazo. El piloto ya estaba completamente vestido y su nerviosa expectación era visible en cada gesto que hacía.

—De prisa, jefe, nos están esperando —indicó.

El trayecto fue extrañamente silencioso. El doctor envuelto en sus propios pensamientos mientras los astronautas observaban con interés este nuevo sector de la ciudad.

Con lentitud, Parker tomó conciencia del movimiento de gente que iba en la misma dirección que ellos. Aun cuando la significación del hecho se le hacía evidente, el doctor lo miró y asintió con la cabeza:

—Sí, la ceremonia es pública. Nada tenemos que esconder, y sentimos que la sociedad debería asistir a las medidas que se toman en su propia defensa.

Llegaron al lugar. El camino se ensanchaba en una gran extensión circular donde la muchedumbre ya rodeaba una plataforma central, desnuda a no ser por la presencia de un grupo de compartimientos cilíndricos cuyo inocente exterior parecía tanto más siniestro cuando se lo mirara a la luz de su finalidad.

Sin palabra alguna, Nastur los guió hacia el frente mientras la muchedumbre se abría respetuosamente para dar paso al líder y a sus acompañantes.

Desde el momento en que los delincuentes aparecieron, Parker sintió una sensación de desasosiego. Mientras avanzaban a través de la plataforma, la multitud guardó silencio, con todos sus ojos clavados en sus pasos.

Parker observó a los otros. El doctor parecía sereno, observando el acontecimiento que se desarrollaba ante él sin huella alguna de emoción en su rostro. A su lado, Forbes estaba como fascinado, con los ojos

pegados a las figuras sobre la plataforma, mientras que su lengua vagaba por sus labios en una expresión de apreciación casi sensual.

Aún la mente de Parker funcionaba con rapidez, luchando por identificar la sensación que lo tenía empuñado desde el comienzo del acto. Nada en su medio ambiente podía equipararse con esta extraña escena. Sin embargo, aún crecía la convicción que estaba asistiendo a la presentación de algo familiar.

Por sobre ellos, los hombres tomaron sus posiciones ante los compartimientos, con las cabezas bajas, como en reconocimiento de lo inevitable. Rápidamente, Parker recorrió su memoria, recordando los muchos extraños espectáculos y experiencias de sus viajes interplanetarios. Nada similar había registrado. Implacablemente siguió hurgando más allá, explorando los oscuros rincones del subconsciente, tal como se les enseñó en su entrenamiento.

Al unísono, las víctimas entraron a los cilindros, quedando a la vista a través de la transparente prisión, mientras las puertas se deslizaban para cerrarse sin un sonido. Ahora toda la arena estaba inmóvil, mientras el público observaba el extraño cuadro que se desenvolvía ante ellos.

Fue en ese momento cuando Parker por primera vez sospechó la verdad. Una verdad cuya comprensión lo dejó horrorizado por sus implicaciones. La respuesta estaba tan cerca, tan a la mano, pero sumergida bajo la adulteración de su educación y de su entrenamiento tecnológico.

Los recordó repentinamente, los mitos y leyendas de la infancia, que hablaban de las primeras creencias en su planeta.

Se volvió inmediatamente hacia el doctor, agarrándolo del brazo en su urgencia por confirmar sus sospechas antes del clímax de este extraño ritual.

—Dígame, doctor, ¿los tres hombres estaban involucrados en la rebelión?

Nastur lo miró, captando la desesperación de la pregunta:

—No, mi amigo, sólo el hombre que está al centro. —Se quedó mirando sorprendido mientras cambiaba la expresión de Parker—. Los otros dos..., sólo son ladrones comunes.

Cuando Parker se volvió otra vez hacia la plataforma, los compartimientos estaban vacíos.

FIN